

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. — REVISTA LOCAL, por D. Francisco Flores Arenas. — ESCENAS MARÍTIMAS, por D. Baldomero Menéndez. — LA PRIMAVERA, por D. Maximino Carrillo de Albornoz. — CAMBIO DE COSTUMBRES. — GEROGLÍFICO.

REVISTA LOCAL.

Compañía ecuestre de Mr. Price. = Teatro Principal. = Por conquista. = Lola la Gadicana. = El Tío Caniyitas. = Aria de la Norma.

Mr. Price vuelve con su caballería ligera. Gran noticia es esta para muchos que andan á caballo y para muchos que no andan mas que á pié. Esperamos por tanto, volver á ver dentro de poco á los hermanos Mariani cacarear en la escena de las gallinas ó ejecutar los horripilantes ejercicios de la percha y de la escalera horizontal, haciendo con ellos crispas los nervios de quien no menos que esas atrocidades necesita para experimentar alguna emoción. También veremos, como es consiguiente, á aquellas intrépidas y robustas Amazonas haciendo revolver á sus caballos látigo en mano con un arranque tan brioso que de seguro nos hará repetir mas de una vez con el cuitado personaje de *Entre mi mujer y el negro*:

“¡Qué gran refuerzo pierde la guardia civil!”

Si nuestras noticias son exactas parece que la primera función ecuestre tendrá lugar el primer día de la próxima Pascua de Pentecostés. Si ese mismo día, como es probable, hay toros en el Puerto, esta rivalidad de toros y de caballos podrá ser que afecte en alguna manera á la entrada, porque al cabo se trata de dos espectáculos entre los que existe cierta especie de afinidad. Sin embargo, no creemos que semejante circunstancia, suponiéndose que algo influya, sea lo bastante á defraudar las fundadas esperanzas que á Mr. Price debe haberle hecho concebir el satisfactorio éxito que alcanzó en la anterior temporada, y eso que la estación fué la menos á propósito para el efecto.

MAYO.

Hemos oído decir con esta ocasión que el circo lo formará una estensa tienda, y también que para colocarla se había pedido la plaza de Mina. Principiamos por confesar que todo el mundo tiene derecho á pedir sin tasa aquello que mejor cuadre á sus intereses; pero bajo el punto de vista de la concesión la cosa era completamente absurda. Entramos en la época de los paseos nocturnos en aquel sitio, y no fuera bien visto que se echase de allí á gente racional para proporcionar mayor holguera á caballos. Ni se diga que el circo solo ocuparía una parte mayor ó menor del centro del paseo, porque bastaría recordar lo que acontecía en su anterior local, y eso que estaba situado en un extremo de Cádiz, y eso á pesar de las lluvias propias de la estación, y eso no obstante los temporales del sur que allí se reciben de primera mano y sin tropezar en rama. Pues bien, á despecho de todo esto las avenidas del circo se hallaban obstruidas por un innumerable gentío que se apiñaba contra las tablas para contentarse siquiera con el olor, y que á poco que pudiese burlar la vigilancia municipal trepaba hasta encaramarse en lo alto, viéndose frecuentemente cabezas humanas, deslizarse entre el toldo y el borde extremo del maderaje. Recuérdese por fin que hasta unos endiablados chicos del barrio, con una precocidad de ingenio que rarísima vez aplican á cosa que sea buena, hicieron una especie de mina escavando la tierra por debajo de la última tabla, merced á lo cual habrían podido introducirse á centenares si no se hubiese descubierto á tiempo la gatera, no obstante que cubrían con piedras el trabajo de sus uñas.

Supóngase todo esto en harta mayor escala por lo central del sitio, por la natural afluencia de los que quieran pasearse, por lo mas adecuado de la estación, por la confección misma del circo-tienda, y agréguese el consiguiente paso y repaso de los animales, y veámos cómo es posible que permanezca allí nadie que no lleve otro intento que el de tomar el fresco, oír la música ó andar á caza de alguna seducción venial. La irrupción de los aficionados paganos al espectáculo, y la mas numerosa y temible aun de los aficionados de puertas afuera, arrojarían de allí á los habituales paseantes de ambos sexos, como allá los bárbaros del norte fueron desalojándose unos á otros de sus tierras, acabando po-



asolar las civilizadas naciones del romano imperio.

Se nos ha asegurado que el terreno solicitado en la plaza de Mina no se ha concedido á Mr. Price, señalándose en su lugar para su circo la plaza de San Fernando. Veremos lo que dicen ahora los que tanto clamaron y tales extremos de horror hicieron cuando se pensó en edificar un nuevo teatro en aquel mismísimo sitio. De seguro no dejarán de concurrir por eso.

El teatro Principal continúa con regular fortuna. Es todo á lo que puede aspirar en una temporada mala siempre. La zarzuela *Por conquista*, de cuyo mal éxito nos hemos ocupado ya, merecería por su imperturbabilidad un diploma de constancia. Se parece á uno de esos peles que por mas que los echan á rodar, ellos siempre tiesos que tiesos. Hoy la silban, y mañana aparece en los carteles: y eso todos los dias.

¿Pero á qué se reduce la tal produccion? Vamos á verlo.

Estamos en la época de Felipe V. Este reinado, digámoslo de paso, debe mucho á la zarzuela, porque si antes de ella ningun poeta dramático se ocupó de él, ahora todos los autores de libretos lo sacan á plaza, sin mas de por sacarlo, puesto que no se halla entre tantos argumentos tomados del dicho tiempo un solo rasgo, no digamos histórico, sino en armonía siquiera con las costumbres de aquella corte y de aquel pueblo. Ahí están sinó *Jugar con fuego*, *Estebanillo*, *El vizconde*, y además de otras que omitimos, *Por conquista*; todas las cuales presentan una accion que así pudo tener lugar en la corte del primer Borbon de España, como en la de cualquiera otro de los emperadores, reyes, príncipes ó duques soberanos de Europa, entónces, ahora ó antes.

Ahora bien; supónese allí que un oficial que está en campaña se casa con una dama principal, y eso sin haberse visto jamás uno á otro: resorte que por absurdo y necio es muy favorito de la zarzuela. Vuelto de la guerra el tal con un su amigo, la incógnita consorte sale á recibirlo á un parador del camino, con el fin de examinarlo sin ser conocida, y deseosa de que su esposo la conquiste. El proyecto no tiene sentido comun. La mujer se coloca en la dura alternativa ó de desconfiar de su propio mérito ó de la fidelidad de su cónyuge.

Este llega en efecto, y su mujer no lo conoce porque, segun allí se cuenta, el rey le ha dado el título de vizconde y de ello nada sabe aun la vizcondesa. El marido empieza por enamorar á la criada, que es golpe tambien muy de zarzuela, y poco despues se presenta su señora, la que supone estar casada con otro oficial. Sospechando sin embargo alguna cosa, hace el tal que su amigo pase por el vizconde, lo cual da lugar á escenas tan traídas, tan llevadas, y sobre todo de una pesadez tan narcótica que precisamente esta circunstancia es la que atenúa hasta donde es posible el mal éxito de la zarzuela; porque en efecto, como hace á los mas dormir, y como estos que duermen no silban, resulta que la silba no es tan unánime como sin aquello lo sería.

Una sola cosa buena pudiera señalarse en ella. Esta es la de tener no mas que un acto, pero en cambio este acto es largo como dos, y segun lo que aburre y cansa parece que son seis ó siete.

Han sido exhumadas las producciones del género andaluz *El Tío Caniyitas* y *Lola la Gaditana*. Esta última ofrecia un interés de pura actualidad, pero interés al cabo. Fué escrita, como todos saben, por nuestro malogrado amigo el señor Sanchez del Arco. El señor Luna estuvo muy bien en ambas, y aquí paz y despues gloria.

La noche que se puso en escena la primera de estas obras, el público que en abundancia asistia, quedó sorprendido con la brillante ejecucion de la conocida cavatina de Norma *Casta Diva*, la cual fué superiormente cantada por la Sra. Isturiz. No se esperaba poco de esta artista, que en alguna que otra zarzuela, es decir, en las pocas donde hay algo que sea música, habia ya dado muestras de lo mucho que vale; pero en esta pieza fué mucho mas allá de las legítimas esperanzas concebidas. Afinacion, gusto, buen decir, agilidad, cuanto contribuyé á establecer la reputacion de una cantante, otro tanto demostró aquella noche la modesta actriz de zarzuela.

El público del teatro Principal de Cádiz, acostumbrado á oir buenos cantantes, y en cuyos oidos resuena todavía el eco de la Peruzzi, de Landi, de Selva y de Paccini, no solo colmó de bravos á la Sra. Isturiz en las notas de empeño, sino que la hizo salir al escenario hasta cuatro veces en medio de un atronador ruido de palmadas.

La Lagartija aquella noche acabó en Norma. Vaya por las veces en que las Normas acaban en Lagartijas.

En los palcos segundos continúa la exhibicion de pinturas al fresco.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ESCENAS MARITIMAS.

UN NAUFRAGIO EN ALTA MAR.

I.

En 1º de enero de 18... el bergantin español *Relámpago*, que procedente de uno de nuestros puertos de Levante, se dirigia á la capital del archipiélago filipino, navegaba con tiempos favorables y mar bella á la altura de la isla Rodrigo, la mas oriental de las Mascareñas, y como á una sesenta leguas al Este de sus costas orientales.

Como las aguas en que el *Relámpago* habia entrado despues de la puesta del sol no ofrecian el menor peligro conocido, se encendieron por única precaucion los faroles de tope para prevenir un abordaje casual con otro buque.

La noche estaba oscura como sucede por lo general á la inmediacion de los trópicos, y la tripulacion, agobiada por el excesivo calor que habia ex-

perimentado durante el día, se había tendido sobre cubierta y dormía tranquilamente, acariciada por la brisa.

El bergantín navegaba en vuelta del N. E., mura á babor, con todo su aparejo de cruz y cuchillo, haciendo nueve millas por hora, sin que hubiese ocurrido la menor novedad durante la primera hora de la mitad de la noche, y acababa de entrar de cuarto la guardia de estribor, cuando el segundo del buque, apoyado sobre el pescante de la serviola de estribor, creyó haber oído una voz extraña y apenas perceptible á poca distancia de la proa. Esta voz, indefinible en un principio, fué tomando cuerpo y carácter á medida que el buque avanzaba, asemejándose mucho al ladrido de un perro.

La tierra estaba lejos; las cartas no señalaban islote alguno por aquellas aguas, ni se veía farol alguno que anunciase la presencia de un buque, ni se alcanzaba á descubrir por ningún punto del horizonte la vela mas insignificante con el auxilio de los mejores catalejos de noche.

La voz cesó de sonar de repente, y el segundo del *Relámpago*, algun tanto alarmado, se tranquilizó creyéndola una ilusión de sus sentidos ó un sonido producido por el choque de las olas.

Pero cinco minutos despues la voz se dejó oír de nuevo más clara y sonora, y no había lugar á duda: un perro ladraba y á muy corta distancia de la proa del *Relámpago*.

El piloto prestó atención por unos momentos, examinó con la vista el espacio de mar que alcanzaba á descubrir, y no vió nada, absolutamente nada.

Y sin embargo, los ladridos continuaban y se hacían cada vez mas latimeros, como si el animal que los producía se hallase en inminente peligro y demandase socorro.

A tan extraña aventura la mayor parte de los marineros del *Relámpago* despertaron y se dirigieron apresuradamente á la obra muerta para ver de dónde partían aquellos lamentos que á hora tan intempestiva les arrancaba del sueño.

Un ladrido mas agudo, penetrante y lastimero que los anteriores se dejó oír casi á pique del extremo superior del botalon, y el piloto se lanzó sobresaltado sobre el castillo de proa, y se adelantó por el bauprés hasta el puño de la trinquetilla.

—¡Orza! ¡orza! gritó con un acento que indicaba bien á las claras la proximidad de algun peligro inminente.

El buque cambió lentamente de dirección obedeciendo al impulso impreso por el timonel á la caña.

—¡Orza! ¡orza! volvió á gritar el piloto.

El timonel ejecutó la orden de su gefe, y el bergantín continuó apartándose de su rumbo primitivo, hasta que la voz de —¡Bueno va! — vino á indicar al encargado del timon que el buque había orzado lo bastante.

Y ya era tiempo de que esta maniobra se ejecutase.

A unas cinco brazas del bergantín por la mura de babor, se hallaba una masa voluminosa que flotaba á merced de las olas, impelida por las corrientes

en sentido contrario á la marcha del buque. Un momento mas, y el *Relámpago* hubiera embestido en ella, exponiéndose á un siniestro.

Pasado el peligro, todos los marineros se acercaron á la empavesada, deseosos de examinar aquella masa que tan impensadamente se les había venido encima, y frente á la cual fué parando el bergantín lentamente.

Era el casco de un buque desarbolado y casi sumergido ya por la proa.

Sobre la estampa de popa se veía un perro de Terranova, enteramente negro y de tamaño colosal, que aparecía y desaparecía por intervalos, ladrando cada vez con mayor angustia. Cuando se descubrió el puente en toda su extensión, se advirtió que el pobre animal no hacía mas que entrar y salir de la cámara, cuyas puertas estaban abiertas.

Esta circunstancia hizo sospechar á las gentes del *Relámpago* que en aquella parte del buque se encontraría alguna persona imposibilitada ó muerta quizás, y les confirmó en esta creencia la imposibilidad con que aquel animal se aguantaba en el buque perdido, por mas que se le llamaba, cuando tan fácil le hubiera sido el salvarse á nado.

Las gentes del bergantín hubieran echado al agua una de sus lanchas para pasar á bordo del naufrago, pero la noche continuaba oscura, no se podía apreciar el verdadero estado de aquel casco que, medio sumergido ya, no sería difícil que se colase por ojo á la hora menos pensada arrastrándolos en su descenso, quizás en el momento de aproximarse á él ó cuando se hallasen á su bordo, sin la menor ventaja para las personas que en él se encontrasen, y no creyeron prudente arrostrar por entonces este peligro.

Por tres veces gritó el segundo del *Relámpago*: —¡Oh de la embarcación! — sin que recibiese otra respuesta que los ladridos desgarradores del pobre animal, que entraba corriendo en la cámara y volvía á salir al poco rato, como para indicar que no estaba solo.

Eran cerca de las dos de la mañana, el sol no tardaría en aparecer; y con el fin de no alejarse demasiado de aquel casco, el bergantín se puso al párrafo para esperar á que la claridad del día facilitase sus intentos.

El inteligente animal, comprendiendo el por qué de aquella maniobra, y como si apreciase la prudencia de las gentes del *Relámpago*, cesó de ladrar, y solo de vez en cuando se veía brillar en la oscuridad sus ojos por encima del filarete, como si tratase de cerciorarse de que sus salvadores continuaban á la vista.

Amaneció por fin.

El buque naufrago se hallaba á unas cincuenta brazas á sotavento del *Relámpago*; la marejada y el viento habían calmado algun tanto con la presencia del día; se echó al agua la lancha principal, se embarcaron en ella el piloto y seis de los mejores marineros, y bogaron á todo remo en demanda del naufrago.

En la estampa de popa, bastante mas elevada sobre las aguas que el resto del buque, y por bajo

de la cristalería de la cámara se leía en letras doradas *La Jeune Amélie*.—El buque pertenecía por lo mismo á la marina francesa, y esto fué un estímulo mas para la tripulación del *Relámpago*, cuyo piloto hablaba perfectamente el idioma de Fenelon.

El perro seguía desde la popa con una ansiedad y una alegría indescriptibles los movimientos de la lancha, que despues de dar una vuelta al rededor de *La Joven Amalia*, y seguro el piloto de que no presentaba el buque por entonces señales de una próxima inmersión, dió este la voz de—Atraca!—y una vez al costado del náufrago, saltó sobre cubierta acompañado de dos marineros, mientras los cuatro restantes se aguantaron en la lancha á una prudente distancia del buque, en tanto que duraba la inspección que sus compañeros se proponían hacer en el interior de aquel casco abandonado.

La cubierta del buque francés presentaba las señales de una completa devastación. Su obra muerta habia desaparecido por completo; el fogón, las pipas de agua, las lanchas, cuantos objetos en fin suele llevar una embarcación sobre el puente, habian desaparecido tambien: sus tres palos habian sido picados á media vara de la cubierta y desaparecido por lo mismo con todos sus aparejos, y hasta la claraboya de la cámara no tenia un solo cristal en buen estado.

Apenas habian saltado los marineros sobre cubierta, y despues de algunas espresivas caricias hechas á sus libertadores, el perro se dirigió á la cámara, volviéndose á cada paso para ver si le seguían.

Una escena desgarradora y tristísima se ofreció á la vista del piloto y de los dos marineros del *Relámpago* cuando penetraron en el recinto á que el perro les guiaba.

En uno de los camarotes destinados á los pasajeros de popa y tendido en el suelo se hallaba un venerable anciano próximo á exhalar el último suspiro, y que vestía el uniforme de capitán de navío. Una jóven casi exánime, pálida como la muerte y medio acostada tambien, estrechaba entre las suyas las descarnadas manos del moribundo y cubría de besos su frente.

Al ver á los marineros del bergantín dió un grito de alegría, elevó sus ojos y sus manos al cielo, y cayó desmayada sobre el anciano sin poder concluir la palabra—salvadle!—que habia principiado á salir de sus labios.

Habia ya entonces en la cámara por la parte de proa cerca de tres pulgadas de agua, y se la veía aumentar por momentos de altura. Era indispensable por lo mismo obrar con precipitación, porque el casco de la *Jóven Amalia* podia sumergirse de un momento á otro.

El piloto cojió en sus brazos á la jóven, los dos marineros sacaron al anciano, y se apresuraron á subir al puente, seguidos del perro que iba lamiendo la mano derecha de su ama, como si se tratase de hacerle recobrar por este medio el sentido.

Las aguas encerradas en la bodega del buque mugían al chocar contra los costados cual si penetrasen en las profundidades de una caverna, pro-

duciendo una serie no interrumpida de ecos lastimeros y ahogados suspiros, muy parecidos al estertor de la agonía.

—Atraca! atraca! gritó el piloto á los de la lancha, depositando en el suelo su carga cuidadosamente.

Los dos marineros imitaron su ejemplo, y todos tres bajaron de nuevo á la cámara para sacar los baules y algunos objetos preciosos que habian visto en ella, y cuya posesión podria hacer quizá menos sensibles los efectos del naufragio á los dos seres desgraciados que acababan de arrancar de las garras de la muerte.

La lancha llegó al costado, se bajaron á ella los dos náufragos, y los cofres y objetos que componían al parecer su equipaje; el piloto y sus dos compañeros reconocieron precipitadamente los camarotes de la toldilla y del castillo de proa, y seguros de que no quedaba en el buque persona alguna, abandonaron aquel casco que se iba á pique por instantes.

A la voz de—larga y hala!—dada por el piloto, que habia tomado la caña del timón, los seis remos de la lancha cayeron al agua como movidos por un solo resorte, y mediante un desesperado esfuerzo de los marineros que los manejaban, la lancha se alejó de la *Jóven Amalia* con asombrosa rapidez.

Pocos momentos despues se oyó un horrible estampido, como si se hubiesen descargado á la vez en la profundidad de un valle cien piezas de artillería.

La cubierta del buque francés acababa de saltar, cediendo á la presión del aire encerrado en la bodega y comprimido por el agua; el mar se abrió para recibir al náufrago; el buque se agitó un momento sobre las olas cual si se resistiese á descender, y desapareció por fin, dejando en su lugar un estenso y profundo remolino, cuyas ondas hicieron vacilar á la lancha del *Relámpago*, y un momento despues la superficie del Océano se habia cerrado de nuevo, y no quedaba de la *Jóven Amalia* mas que el recuerdo.

La lancha habia llegado entre tanto sin novedad al costado del bergantín.

II.

Ocho dias despues de haber tenido lugar las escenas que acabamos de referir, el anciano y la jóven, arrancados segunda vez á la muerte por los esquisitos cuidados que les habian prodigado á bordo del *Relámpago*, se hallaban sentados á la entrada de la toldilla contemplando la puesta del sol. La gente de popa del bergantín les hacia compañía, y el buque navegaba por el mar de las Indias suavemente impelido por la monzon del S. E.

—Terrible debió ser, M. de Lionville—dijo el piloto al anciano—el temporal que habeis corrido y que ocasionó vuestro naufragio, á juzgar por el deplorable estado en que se hallaba vuestra fragata.

—Muy terrible, mi querido salvador, muy terrible; pero lo fueron mucho mas las angustias que experimentó mi corazón cuando me ví solo á bordo

con mi hija, sin mas auxilio que el de Dios, que tuvo al fin misericordia con nosotros; y si no temiera causarnos enojo, os referiria, amigos mios, la historia de nuestro naufragio.

—Contad, contad, exclamaron á una acercando sus sillas las gentes del bergantin.

—Diez años hacia que me hallaba encargado de la capitanía del puerto de Pondicheri, cuando perdí á mi idolatrada esposa, que se habia empeñado en venir conmigo á tan remotos climas.

El deseo de darla sepultura al lado de sus mayores, de visitar á mi hermosa y querida Provenza, y de pasar el resto de mis dias en compañía de mi hija en aquel delicioso pais, me movió á pedir al gobierno mi retiro, que fué concedido á la vuelta del paquete.

La *Jóven Amalia* se estaba preparando entonces para darse á la vela con destino á Marsella; era una magnífica fragata que hacia su segundo viaje; el capitan me inspiraba plena confianza; y nos embarcamos en ella trayendo con nosotros el cadáver de mi esposa.

—Que se ha perdido, dijo el segundo del bergantin.

—Que se ha perdido, repitió tristemente M. de Lionville enjugando dos gruesas lágrimas que corrian por sus mejillas, y estampando un tierno beso en la frente de su hija que lloraba tambien.—Ni esta niña ni yo pudimos decirnos que la salváseis á ella como nos salvábais á nosotros. Pero ¡cómo ha de ser! conservó á su querida hija....

Y el anciano y la jóven se tendieron mutuamente los brazos y se estrecharon con una ternura imponderable.

—Durante los primeros veinte dias—prosiguió el marino francés despues de una breve pausa—el viento y las corrientes nos fueron favorables, y la fragata se deslizaba como una náyade sobre la superficie del Océano á todas horas tranquilo.

Al siguiente pasamos el trópico de Capricornio en los mismos términos, y tuvo lugar á bordo en medio del regocijo mas cumplido, la farsa con que los marinos celebramos siempre este acontecimiento.

Concluida la fiesta á media tarde, la mayor parte de la tripulacion que habia metido en sus bodegas mas vino y coñac de lo que podian recibir prudentemente, se bajó á los camarotes y se tendió en sus hamacas, entregándose á un sueño profundo.

Navegábamos en popa cerrada con alas y rastraderas por banda y banda, y podíamos continuar en la misma vuelta hasta el dia siguiente. La noche debia presentarse clara, pues á mas de hallarse despejado por todos los rumbos del compás el cielo y los horizontes, estábamos en plenilunio, y creyó por lo mismo el capitan, que con diez hombres que le quedaban en buen estado de razon tendria bastante para atender á la seguridad del buque en cualquier lance imprevisto.

Tres horas despues se ocultaba el sol en el horizonte tras algunas ligeras nubes blanquecinas que se habian levantado de repente por el primer cuadrante, y el N. O. que habia corrido bastante fresco

durante todo el dia, fué decayendo, hasta el punto de que á la entrada de la noche las velas iban azotando los palos y los masteleros.

Duró poco la calma.

Nuestro aparejo principió á hincharse á impulso de una brisa del N. cuya fuerza aumentaba, aunque con lentitud, y los horizontes del primero y cuarto cuadrantes se cubrian por instantes de espesas y apiñadas nubes.

He navegado mucho por estos mares en los buques de S. M., y no podia hacerme ilusiones sobre la naturaleza del temporal deshecho que se nos venia encima á un descuartelar.

—Capitan—le dije al gefe de la fragata—este cambio repentino de tiempo y el haber saltado el viento al N. anuncian, á mi juicio, la proximidad de un huracan.

El capitan consultó el cariz por unos momentos, y mis temores le parecieron por su desgracia exagerados.

El N. soplabá cada vez con mas fuerza, la mar iba engrosando, y lo que era peor, ampollándose visiblemente, y nuestros masteleros de juanete se inclinaban cual débiles mimbres, como pidiendo que les descargasen del peso de sus velas y de la presion de sus aparejos.

—Capitan—le dije verdaderamente alarmado—tenemos sobre nosotros el huracan, y yo en vuestro lugar llamaria la gente sobre cubierta, trinca las portas, pondria sus sacos á los escoberres, meteria toda vela redonda, me quedaria con la trinquetilla y los estais mayores, y me pondria á ceñir el viento, despues de echar abajo hasta los masteleros de gavia.

—Exagerais mucho el peligro, mi querido M. de Lionville, me contestó.

—La experiencia me ha demostrado, le repuse, que no están de mas las precauciones, por exageradas que parezcan, cuando el tiempo se presenta en estos mares con un cariz tan sospechoso.

—El buque es de mucho aguante y tengo bien probada su arboladura.

—Sin embargo, amigo mio...

—Sabeis además que mis muchachos están hechos unas cubas, y solo nos servirian de estorbo sobre el puente.

—El peligro que no tardaremos en correr, les volverá seguramente en razon; llamadles, porque quizá despues sea demasiado tarde.

El capitan consultó de nuevo el cariz, y no debió quedar muy satisfecho, porque mandó meter las alas y las rastraderas y los tres juanetes y calar sus masteleros.

Como habia muy poca gente para el trabajo, esta maniobra se ejecutó con demasiada lentitud, mientras el viento y la mar aumentaban de una manera terrible.

Llevábamos mucho trapo, amigos mios; muchísimo trapo para el tiempo que corria. Los masteleros de gavia se doblaban como juncos, el tajamar de la fragata iba á menudo dentro del agua, y la *Jóven Amalia* se abismaba entre montañasambu-

lantes, para aparecer momentos despues sobre sus cumbres y abismarse de nuevo.

El capitan, que apenas tendria treinta años, era en todas ocasiones un valiente y arrojado marino, y aquella noche lo era mucho mas que de ordinario, efecto de un poquillo de exceso en la bebida durante la farsa, y puesto al timon, que no quiso confiar á nadie, contemplaba sonriendo de placer los esfuerzos que hacia su fragata para dominar los desencadenados elementos.

Un golpe de viento que se nos vino encima de improviso, puso el buque casi á punto de zozobrar; pero el capitan, arrojándose de lleno sobre la caña, logró con su destreza y sangre fria ponerle de nuevo, aunque lentamente, en posicion vertical.

—Capitan! capitan! esclamé al ver la rapidez con que aumentaba el peligro.

El, aunque tarde, principió á conocer que no eran vanos mis temores, y gritó con voz de trueno:

—Arriba la gente! arriba!

El contramaestre y dos marineros se precipitaron en los camarotes, y momentos despues toda la tripulacion se hallaba sobre cubierta, aunque no en muy buen estado aun.

Apenas habian salido los últimos marineros, se oyó á lo lejos un mugido terrible, y la superficie del Océano se conmovió, cubriéndose de espuma en una estension considerable.

—Aventa escotas! pronto! pronto! gritó el capitan; pero era ya tarde.

Una horrorosa columna de viento chocó impetuosamente contra nuestro costado de estribor, antes que se hubiese aflojado la tesura de las velas, y la *Jóven Amalia* se inclinó hasta tocar en el agua con los penoles de las mayores.

El capitan se arrojó de nuevo sobre la caña, pero inútilmente: el buque no obedeció al timon por mas esfuerzos que se hicieron.

—A picar los pales! gritó entonces aquel esforzado marino, cogiendo una de las hachas y descargando terribles golpes sobre el mayor.

Toda aquella gente, momentos antes sin sentido, echó manos á las hachas y á sus cuchillos, y se precipitó á los palos y á los obenques y demás aparejos.

—Cortad! cortad, hijos míos! gritaba el capitan manejando su hacha con un ardor indecible. Cortad! cortad y nos salvamos!

Y los marineros cortaban y descargaban hachazos en los palos sin descanso, y momentos despues

toda la arboladura, velas y aparejos de la fragata se abismaban en las olas.

El capitan corrió de nuevo al timon y el buque se fué levantando pausadamente.

—Qué espantosa noche, capitan! le dije mientras limpiaba el sudor que inundaba su rostro.

—Y tan espantosa, M. de Lionville! y tan espantosa! pero vuestra hija....

—Con el peligro la habia olvidado.

—Debeis bajar á consolarla.

—Y vos?

—Yo—me replicó con un acento de tristeza indefinible y apretándome las manos con fuerza—os seguiré, quizá dentro de un rato. En el estado lastimoso á que se ve reducida mi fragata, ¿qué podemos hacer? encerrarnos bajo cubierta como marineros noruegos hasta que afloje la tormenta. Retiraos, M. de Lionville, retiraos con vuestra hija.

Me pareció prudente seguir su consejo y bajé á la cámara. Mi pobre niña estaba arrodillada delante de una imagen de la Virgen del Socorro, é iba á tenderla los brazos, cuando un golpe de mar, rompiendo con horroroso estruendo en el costado de estribor, nos arrojó á entrambos por el suelo. Tras aquel rompió otro y otro con igual ó mayor ímpetu que el primero.

Temiendo una desgracia, me apresuré poco despues á subir sobre cubierta, y ¡qué horror, amigos míos! el puente estaba limpio, completamente limpio! Los golpes de mar le habian barrido, sin dejar un solo objeto de los que estaban mejor trincados.

Toda la tripulacion habia desaparecido para siempre!....

Lo que sufrí al verme solo con mi hija en medio del Océano ha sido tanto! tanto!

Pero no quiero recordarlo ahora. Mi pobre niña está débil y demasiado afectada para que pueda soportar tan dolorosos recuerdos. Otro día os contaré quizás, amigos míos, nuestra vida y nuestras angustias durante quince dias, que fueron para nosotros quince años. Hoy debemos dar gracias á Dios por lo misericordioso que se ha mostrado con nosotros, y orar por el eterno descanso de los que menos felices sucumbieron en tan horroroso naufragio.

Y aquellos rudos marineros, imitando á M. de Lionville, se descubrieron y rezaron.

BALDOMERO MENENDEZ.

La Primavera.

I.

Ya con galas hermosas
llega hechicera,
coronada de rosas
la primavera.

Y de un profundo
larguísimo letargo,

despierta el mundo.

Ya los campos matizan
mil y mil flores
que el aire aromatizan
con sus olores.

Flores que al verlas
el cielo les regala
líquidas perlas.

Misteriosos rumores
vagos se estienden;

será que los amores
sus alas tienden;

Será que empieza
á gozar la dichosa
naturaleza.

Doncellas y galanes,
bajad al prado;
las penas, los afanes,
dejad á un lado.

Bajad os digo;

yo al ver vuestro contento
tambien os sigo.

Llegad, y antes que el dia
sus horas rompa
de luz y de armonía
y alegre pompa,
por monte y llano
de Dios bendeciremos
la excelsa mano.

II.

Ya lanzan las parteras,
pintadas aves,
por las verdes riberas
trinos suaves;
alzan el vuelo
y una nube no encuentran
en todo el cielo.
Mientras vierte la aurora
blanda sonrisa,
ya gime bullidora
la fresca brisa,
y el sol saliendo
vá ya los horizontes
esclareciendo.

Ante tanta hermosura,
tan dulce calma,
brotará la ventura
dentro del alma.

¿Quién siente enojos
al ver cuadro tan bello
ante sus ojos?

Oh! no, con alma leda
el dia os halle;
crucemos la arboleda,
el soto, el valle.

Llegad contentos
á ver tantos primores,
tantos portentos.

Muchachas y galanes

bajad al prado;
las penas, los afanes
dejad á un lado;
Ved que ya empieza
á gozar la dichosa
naturaleza.

III.

Sus alas de topacio
y oro preciosas,
mueven ya en el espacio
las mariposas;

Siempre coquetas
de flor en flor saltando
vagan inquietas.

Del undoso arroyuelo
parece plata
el agua, donde el cielo
fiel se retrata.

El sol se mira
en ella, y ella tiembla
corre y suspira.

El árbol que el otoño
fiero despoja,
echa ya en su retoño
hoja tras hoja.

Se robustece
y pomposo, lozano,
sombra os ofrece.

Mas grata, mas cumplida,
será esa sombra
si el cielo nos convida
con verde alfombra;
tapiz galano
que teje en un instante
de Dios la mano.

Venid y cruzaremos
por la espesura;
venid y disfrutemos
paz y ventura:

Bajad al prado;
las penas, los afanes
dejad á un lado.

IV.

Y tú estacion preciosa
de auras y flores,
temporada dichosa
de los amores;

rica mañana
del año que te ostentas
leda y galana;

Pues fuiste bien venida
tu paso acorta;
contigo nuestra vida
se hace mas corta;
tu dulce calma
parece que se siente
dentro del alma.

Detén el raudo vuelo;
ya que apareces
y á la tierra y al cielo
rejuveneces,
no del estío
precipites las horas
de árido hastío.

Del invierno pasaron
los temporales,
y en brisas se trocaron
sus vendavales;
tú la alegría
infundes, prodigando
luz y armonía

Aunque es mi voz grosera,
mi númen rudo,
hermosa primavera,
yo te saludo!

Por tí suspiro
y en tí la excelsa mano
de Dios admiro.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

Cambio de costumbres.

LOS COCHES.

Desde que el príncipe Don Juan de Austria solía ir á visitar á Nuestra Señora de Regla, en Andalucía, con la duquesa de Medina en una carreta de bueyes; desde que Enrique IV de Francia se excusaba con Sully de no haber podido ir á verle, porque la Reina su esposa había tomado el coche, ¿qué de cambios, cuántos adelantos en la útil invención de ser trasportados cómoda y prontamente de uno á otro lugar?...

Entramos ahora en el mundo en coche, y en coche nos sacan tambien de él. Nos toma un carruaje al llegar, nos apeamos en la estacion de la vida, y luego otro carruaje, preparado al efecto, nos conduce á otra estacion... la de la eternidad.

Significativa alegoría del rápido tránsito de esta

vida, hecho con prontitud, con lujo, y si se quiere con comodidad.

El coche es un carro cubierto y adornado de cuatro ruedas, del que tiran caballos ó mulas. Algunos quieren, dice Covarrubias, que se haya dicho coche, *quasi curroche*, como carroza de *curroza á courru*.

A otro les parece haber tomado el nombre del verbo francés *coucher*, *cubare*, por ir dentro del coche como echado en su cama. Y tambien los hay que dicen se deriva de una poblacion de Hungría en la que suponen fueron inventados, ó de la voz alemana *gutsche*, lecho de reposo.

La invención no data mas allá del siglo XVI. Antes de esta época, y aun mucho despues de ella, las gentes distinguidas viajaban en litera ó andas, y por las ciudades en sillas de mano, ó á caballo, por lo comun en mulas, particularmente los médicos.

Gonzalo Fernandez de Oviedo dice que la prin-

cesa Margarita, cuando vino á casar con el príncipe D. Juan, trajo el uso de los coches de cuatro ruedas, y que habiéndose vuelto viuda á Flandes, cesaron tales carros, y quedaron las literas que antes se usaban.

El primer coche que se vió en la península fué por los años 1546, segun lo expresa Mendez Silva en su *Catálogo Real de España*.

Sin embargo, Vanderkamen, historiador de Don Juan de Austria, supone que el primer coche que anduvo por estos reinos fué el que trajo en 1554 Carlos Pubest, criado del emperador Carlos V.

El día 23 de febrero de 1559 hizo su magnífica entrada en Barcelona el lugar teniente general don García de Toledo con su esposa doña Victoria Colona, en un magnífico coche, que las crónicas de aquellos tiempos califican de *carrotot d'aurat de dins y de fora á la italiana*, carro ó coche enteramente dorado por dentro y por fuera á la italiana. Este sería sin duda el primer coche que se vió en Barcelona.

En Francia no eran en aquel entonces mas abundantes los coches. Enrique IV se escusaba con Sully, como hemos dicho, de no haber podido ir á verle porque su mujer habia tomado su coche.

En tiempo de Francisco I no habia todavía en París mas que tres *carrozas ó coches*: el de la reina, el de Diana de Poitiers, hija natural de Enrique II, y el tercero pertenecía á Renó ó Renato de Laval que no podia ir á caballo, ni andar, por ser tan grueso.

Felipe II prohibió en 11 de octubre de 1579 las carrozas con seda y guarniciones de oro y plata.

Felipe III, por pragmática dada en San Lorenzo á 2 de enero de 1600, y luego por otras publicadas en Madrid á 3 de enero y 7 de abril de 1611, prohibió los forros, cubiertas y bordados de oro, plata y seda en las sillas de manos, coches y literas.

Felipe V, en 5 de noviembre de 1723, dispuso el adorno que debían tener los coches y sillas de mano, con arreglo á lo mandado en la ley precedente.

Felipe III, por pragmática de 1604 y por otra de 1611, prohibió usar los hombres de sillas de mano.

El mismo monarca, en 3 de Enero del referido año de 1611, limitó el uso del coche á determinadas personas.

Segun nuestras leyes recopiladas, estaba prohibido el uso del coche ú otro carruaje en la corte en los tres dias últimos de la Semana Santa; esto es, durante el jueves, viernes y sábado, bajo una determinada pena, salvo con licencia del alcalde del cuartel, dada por escrito, etc.

La etimología de *carroza* se deriva del italiano *corrocio*, que significa un carro de cuatro ruedas, sobre el cual llevaban antiguamente los italianos sus estandartes al ir á la guerra; al paso que otros se inclinan á creer que viene del latin *carruca*, nombre de una especie de carro para conducir gente.

El carruaje dicho *berlina* se llama así porque fué inventado en Berlin, capital de la Prusia. Felipe Chiese, primer arquitecto de Federico Guillermo, elector de Brandebourg, fué el inventor de ella.

Algunos quieren que el honor de su invención se

deba á los italianos, y que este nombre se derive de Berlina, nombre que ellos dan á una especie de catafalco en que hacen subir á los reos que exponen á la vergüenza pública.

La especie de coches de alquiler llamados *Fiacres* y tambien *Simones*, tomaron el nombre de la posada *Saint Fiacre* de París, en la calle de San Martín, en la cual residia su inventor llamado Sauvage, en tiempo de Luis XIV, y de su primer conductor, que se llamaba *Simon*.

Los *Carabás* eran una especie de carruajes omnibus, que principiaron á usarse para ir de París á Versalles ó á San German.

Usáronse tambien unos coches llamados *Birrotones*, porque solo tenían dos ruedas, y fueron de los primeros que se generalizaron en Madrid cuando la invención de los coches.

El nombre de los llamados *Media-fortuna* aludían á que eran coches de menos capacidad y tirados por solo una caballería.

Los *Volantes* se llamaron así por su ligereza y por la rapidez con que marchaban.

Los carruajes conocidos con el nombre de mensajerías, diligencias etc., fueron establecidos por primera vez en Francia á cuenta de las universidades literarias para la conducción y trasportes de los estudiantes en ellas. Los conductores eran responsables del comportamiento de los escolares durante el viaje.

En 1595 Enrique III de Francia estableció mensajerías reales, concediendo desde entonces á la universidad de París cierto derecho sobre ellas por vía de indemnización, que cobró hasta el año 1719.

Muy luego el público comenzó á encargarles algunas cartas y la conducción de ciertas mercancías, tomando el mayor desarrollo.

En 1818 se establecieron en Barcelona.

En 1825 se crearon en París, luego en Londres, y sucesivamente en Barcelona, una especie de mensajerías para el transporte de personas y efectos de un cuartel de ciudad á otro, á cuyos carruajes, por su gran capacidad se les dió el nombre de *Omnibus*.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

El tiempo nada cuesta y es lo que mas vale.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitución número 11.

